

The background of the cover is a dynamic illustration. In the center, a blonde Jedi woman in a white robe with a yellow sash and a brown gauntlet on her right arm holds a green lightsaber. To her right, a man in a white robe holds a blue lightsaber. To the left, Chewbacca is depicted with his mouth open, holding a bowcaster. In the background on the right, another Jedi in a white robe holds a yellow lightsaber. A Jedi starfighter is visible in the upper right sky. The entire scene is framed by a thin yellow border.

STAR WARS

THE HIGH REPUBLIC

LUZ DE LOS JEDI

CHARLES SOULE

 Planeta Cómics



LUZ DE LOS JEDI



Charles Soule



Soule, Charles

Star Wars High Republic : Luz de los Jedi/ Charles Soule. - 1ª ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2021.
432 p. ; 23 x 14 cm.

Traducción de: Albert Agus Iglesias.

ISBN 978-950-49-7315-7

1. Ciencia Ficción. 2. Libro de Entretenimientos. I. Iglesias, Albert
Agus, trad. II. Título.
CDD 793.2054

© & TM 2021 Lucasfilm Ltd.

Título original: *Star Wars. The High Republic: Light of the Jedi*

© por la traducción: Albert Agus Iglesias 2021

All rights reserved. Published by Disney • Lucasfilm Press,
an imprint of Disney Book Group.

Derechos reservados de esta edición:

© 2021, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta Junior®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: mayo de 2021

3.000 ejemplares

ISBN 978-950-49-7315-7

Impreso en Gráfica Triñanes,
Charlone 971, Avellaneda, Pcia. de Buenos Aires,
en el mes de abril de 2021

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.

Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.



PRIMERA PARTE

El Gran Desastre



CAPÍTULO UNO

HIPERESPACIO. EL *RUTA LEGADO*.

3 horas para el impacto.

«**T**odo va bien».

La capitana Hedda Casset revisó todas las lecturas y pantallas de su silla de mando por segunda vez. Siempre las repasaba dos veces, como mínimo. Tenía más de cuatro décadas de experiencia volando y suponía que ese grado de atención explicaba en gran parte que hubiera sobrevivido tanto tiempo. El segundo repaso confirmó todo lo que había visto en el primero.

—Todo va bien —dijo, esta vez en voz alta, anunciándose a la tripulación del puente—. Es la hora de mi ronda. Teniente Bowman, el puente es suyo.

—A la orden, capitana —contestó su primer oficial, levantándose para ocupar su silla hasta que regresara de su ronda nocturna.

No todos los capitanes de cargueros de larga distancia gestionaban sus naves como embarcaciones militares. Hedda había visto naves estelares con suelos sucios, tuberías con fugas y grietas

en las ventanillas de las cabinas, defectos que le dolían en el alma. Pero Hedda Casset había iniciado su carrera como piloto de caza de la Fuerza Operativa Conjunta Malastare-Sullust, patrullando un pequeño sector de la frontera del Borde Medio. Se había estrenado pilotando un Incom Z-24, el caza unipersonal que todos llamaban Moscardón. Principalmente en misiones de seguridad, cazando piratas y esas cosas. Finalmente, ascendió a capitana de un crucero pesado, una de las naves de mayor tamaño de la flota. Llevaba una buena carrera y tenía un buen trabajo.

Abandonó la FOC Mallust con honores y empezó a comandar naves mercantes para el Gremio Byne, su idea de una jubilación relajada. Pero más de treinta años en el ejército hacían que no solo llevase el orden y la disciplina en la sangre, sino que fueran su sangre. Por eso cada nave que comandaba ahora funcionaba como si estuviera a punto de entrar en una batalla decisiva contra una flota hutt, aunque solo estuvieran transportando pieles de ogrut del planeta A al planeta B. Esta nave, la *Ruta Legado*, no era ninguna excepción.

Hedda se levantó, devolviendo el rápido saludo del teniente Jary Bowman. Se estiró, notando cómo le crujía la columna. Demasiados años patrullando en cabinas diminutas, demasiadas maniobras en alta gravedad... a veces en combate, otras solo porque la hacían sentir viva.

«El problema, en realidad», pensó, recogándose un mechón canoso tras la oreja, «es que llevo demasiados años».

Salió del puente, abandonando la maquinaria precisa que era su cubierta de mando y cruzando un pequeño pasillo hasta el mundo más amplio y caótico del *Ruta Legado*. La nave era un carguero modular clase A de Astilleros Kaniff, el doble de viejo que la propia Hedda. Eso hacía que la nave hubiera superado ligeramente su vida operativa ideal, pero dentro de parámetros seguros si estaba bien mantenida y revisada, como lo estaba. De eso se ocupaba su capitana.

El *Ruta* era una nave multifacética, preparada tanto para cargamento como pasajeros, de ahí el «modular» de su

denominación. La mayor parte de la estructura de la nave la ocupaba un compartimento gigante con forma de prisma triangular alargado, con la ingeniería en la parte trasera, el puente delante y el resto destinado a cargamento. La «columna» central contaba con brazos articulados a intervalos regulares, a los que podían añadir otros módulos más pequeños. La nave podía albergar hasta 144 de esos módulos adaptables capaces de transportar cualquier cargamento que la galaxia pudiera ofrecer.

A Hedda le gustaba que la nave pudiera transportar prácticamente de todo. Así nunca sabías qué tenías que recoger, qué extraños desafíos podías encontrar entre un trabajo y el siguiente. En una ocasión viajó con la mitad del espacio de carga del compartimento central transformado en un gigantesco tanque de agua, donde transportaba un pez sable gigante, desde los tormentosos mares de Tibrin hasta el acuario privado de una condesa en Abregado-rae. Hedda y su tripulación habían llegado con el animal a salvo... y no había sido nada fácil. Aún más duro fue llevar la criatura de vuelta a Tibrin, tres ciclos después, cuando el condenado animal enfermó porque la gente de la condesa no tenía ni idea de cómo cuidarla. Aunque en beneficio de la condesa había que decir que había pagado tarifa completa por mandar al pez sable de vuelta. Muchos, particularmente en la nobleza, lo habrían dejado morir.

El viaje que estaban haciendo en ese momento, comparativamente, era mucho más sencillo. Las secciones de carga del *Ruta Legado* estaban llenas hasta un ochenta por ciento de colonos que viajaban al Borde Exterior desde superpoblados mundos del Núcleo y sus colonias, buscando una nueva vida, nuevas oportunidades, otros cielos. Podía entenderlo. Hedda Casset siempre había sido muy inquieta. Tenía la sensación de que moriría de aquella manera, mirando por la ventanilla, esperando descubrir algo que no hubiera visto nunca.

Como era un viaje de transporte de pasajeros, la mayoría de módulos de la nave tenían la configuración básica apropiada, con asientos que se convertían en camas bastante cómodas,

en teoría, para dormir en ellas, además de lavabos, almacenes, unas pocas holopantallas, una pequeña cocina y poco más. Para los colonos dispuestos a pagar por mayor comodidad, había algunos módulos con minicantinas operadas por droides y camarotes privados, pero eran pocos. Aquella era gente austera. Si tuvieran créditos, lo más probable es que no viajasen al Borde Exterior para labrarse un futuro. El borde oscuro de la galaxia era un lugar de desafíos tan excitantes como mortales. Más mortales que excitantes, de hecho.

«Hasta llegar es complicado», pensó Hedda, mirando el remolino del hiperespacio por el gran ojo de buey junto al que pasó. Apartó la vista, consciente de que podía quedarse veinte minutos allí embobada si se dejaba llevar. No podías fiarte del hiperespacio. Era muy útil, sin duda, te llevaba de un sitio al otro, era clave para la expansión de la República más allá del Núcleo, pero nadie lo entendía del todo. Si tu navidroide calculaba mal unas coordenadas, aunque su error fuera mínimo, podías terminar saliéndote de la ruta marcada, el camino principal de lo que fuera el hiperespacio, y acabases en un camino oscuro que nadie sabía dónde podía llevarte. Esto sucedía incluso en las transitadísimas hipervías cercanas al centro galáctico. Fuera de ellas, donde los exploradores apenas habían empezado a cartografiar las rutas... bueno, debías andar con mucho cuidado.

Apartó aquellas inquietudes de su mente y siguió su camino. En realidad, el *Ruta Legado* volaba en ese momento por la ruta más transitada y conocida hacia los mundos del Borde Exterior. Las naves circulaban por aquella hipervía en ambos sentidos constantemente. Nada de qué preocuparse.

Pero las más de nueve mil almas que llevaban a bordo dependían de la capitana Hedda Casset para llegar a su destino sanas y salvas. Eso la preocupaba. Era su trabajo.

Hedda llegó al vestíbulo central, un gran espacio circular, un punto abierto necesario para la estructura de la nave reconvertido en una especie de zona común extraoficial. Un grupo de

niños jugaba con un balón, mientras varios adultos charlaban cerca, disfrutando de un breve respiro fuera de los hacinados confines de los módulos en los que pasaban la mayor parte del tiempo. El espacio no era bonito, solo un cruce de varios pasadizos cortos, pero estaba limpio. Por insistencia de su capitana, la nave contaba con tripulación de mantenimiento automatizada que se encargaba de mantenerla limpia e higienizada. Uno de los droides custodios estaba trepando por una pared en ese mismo instante, ocupado en una de las interminables tareas necesarias en cualquier nave del tamaño del *Ruta*.

Dedicó un momento a estudiar aquel grupo, unas veinte personas de todas las edades y varios mundos. Humanos, por supuesto, pero también unos pocos ardenianos peludos de cuatro brazos, una familia de givins con sus característicos ojos triangulares y unas orejas puntiagudas a los lados de la cabeza... no abundaban por allí. Pero daba lo mismo el planeta de origen, todos eran seres corrientes que intentaban empezar una nueva vida.

Uno de los niños levantó la vista hacia ella.

—¡Capitana Casset! —dijo. Era un humano pelirrojo de piel trigueña al que ya conocía.

—Hola, Serj —le dijo Hedda—. ¿Qué tal? ¿Va todo bien por aquí?

Los demás niños dejaron de jugar y la rodearon.

—Nos vendrían bien nuevas holos —dijo Serj—. Hemos visto todas las que hay en el sistema.

—No tenemos más —contestó Hedda—. Y dejen de intentar infiltrarse en los archivos con restricción de edad. ¿O creen que no me he dado cuenta? Esta es mi nave. Sé todo lo que pasa en el *Ruta Legado*.

Se agachó un poco.

—Absolutamente todo.

Serj se sonrojó y miró a sus amigos, que de repente habían descubierto cosas interesantísimas en los anodinos suelo, techo y paredes del lugar.

—No se preocupen —dijo, enderezándose—. Los entiendo. El viaje es bastante aburrido. No me creerán, pero, dentro de poco, cuando sus padres los pongan a arar campos o a construir vallas o a espantar rancors, soñarán con el tiempo que pasaron en esta nave. Relájense y disfruten.

Serj puso los ojos en blanco y volvió al improvisado juego de pelota que había inventado con los otros niños.

Hedda sonrió y siguió adelante, saludando y charlando con unos y otros. Personas. Probablemente, algunas buenas y otras malas, pero durante unos días eran su gente. Adoraba aquellos viajes. Independientemente de lo que terminara sucediendo en sus vidas, aquella gente viajaba al Borde para hacer realidad sus sueños. Formar parte de eso le hacía sentirse bien.

La República de la Canciller Soh no era perfecta, ningún gobierno lo era ni lo había sido nunca, pero el sistema daba margen a la gente para soñar. No, mejor aún, fomentaba sus sueños, grandes o pequeños. La República tenía sus defectos, pero las cosas podían ser infinitamente peores.

Hedda dedicó más de una hora a su ronda. Pasó por el compartimento de pasajeros, echó un vistazo al cargamento de tibanna líquido superenfriado, para asegurarse de que el volátil material estaba bien sellado (lo estaba), inspeccionó los motores (todo bien), examinó el estado de las reparaciones de los sistemas de recirculación ambiental de la nave (progresando adecuadamente) y se aseguró de que las reservas de combustible seguían siendo las apropiadas para el resto del viaje, con un cómodo margen adicional (lo eran).

El *Ruta Legado* estaba tal como ella quería. Un pequeño mundo bien cuidado en medio de la selva, una comfortable burbuja de seguridad rodeada por el vacío. No podía saber qué les esperaba a aquellos colonos cuando se dispersasen por el Borde Exterior, pero pensaba asegurarse de que llegasen sanos y salvos para que pudieran descubrirlo por sí mismos.

Hedda regresó al puente y el teniente Bowman se puso en pie de un salto al verla entrar.

—Capitana en el puente —dijo, y todos los oficiales se enderezaron en sus asientos.

—Gracias, Jary —dijo Hedda, mientras su segundo volvía a su puesto.

Hedda se instaló en su silla de mando, revisando mecánicamente los monitores, buscando cualquier cosa inusual.

«Todo va bien», pensó.

CLANG. CLANG. CLANG. CLANG. Una alarma, potente e insistente. La iluminación del puente cambió a la configuración de emergencia, bañándolo todo de rojo. Al otro lado de la ventanilla delantera, el remolino del hiperespacio parecía extraño. Quizá fuera por las luces de emergencia, pero tenía... un matiz rojo. Parecía... débil.

Hedda notó que el pulso se le aceleraba. Su mente pasó instintivamente al modo de combate.

—¡Informe! —bramó, buscando la causa de la alarma en sus monitores.

—Alarma generada por la navicomputadora, capitana —gritó su navegador, el cadete Kalwar, un joven quermiano—. Hay algo en la hipervía. Justo delante. Grande. Impacto en diez segundos.

La voz del cadete fue firme y Hedda se sintió orgullosa de él. No debía de ser mucho mayor que Serj.

Hedda sabía que aquello era imposible. Las hipervías siempre estaban desiertas. Precisamente de eso se trataba. No podía recordar la base científica, pero sabía que las colisiones a velocidad luz en vías marcadas eran sencillamente imposibles. Era «un absurdo matemático», como dirían los ingenieros.

Llevaba volando por el espacio profundo lo bastante para saber que a todas horas, todos los días, sucedían cosas imposibles. También sabía que diez segundos eran nada a la velocidad que volaba el *Ruta Legado*.

«Nunca puedes fiarte del hiperespacio», pensó.

Hedda Casset apretó dos botones de su consola de mando.

—Preparados —dijo, serenamente—. Tomo los controles.

Dos mandos de pilotaje salieron de los reposabrazos de su silla y Hedda sujetó uno con cada mano.

Se tomó un instante para respirar hondo y empezó a pilotar.

El *Ruta Legado* no era un Incom Z-24 Moscardón, ni uno de los Vigalargas de la República. Llevaba más de un siglo en servicio. Era un carguero en el final, si no más allá, de su vida operativa, cargado hasta los topes, con motores diseñados para una aceleración y desaceleración lentas y graduales, que atracaba en espaciopuertos o centros de carga orbitales. Se movía como una luna.

El *Ruta Legado* no era una nave de guerra. Ni mucho menos. Pero Hedda lo pilotó como si lo fuera.

Vio el obstáculo en su camino, con su vista e instintos aguzados de piloto de caza, avanzando a una velocidad increíble, suficiente para que su nave y lo que fuera aquello quedasen desintegrados, pequeños átomos flotando para siempre en la hipervía. No tenía tiempo para esquivarlo. La nave no podía virar lo suficiente. No tenía ni tiempo ni espacio.

Pero la capitana Hedda Casset estaba al timón y no pensaba fallar a su nave.

Un leve toque en el volante izquierdo, una rotación mayor en el derecho y el *Ruta Legado* se movió. Más de lo que quería, pero tanto como su capitana lo creía capaz. El enorme carguero pasó rozando el obstáculo en su camino, con aquella cosa tan cerca de su casco que Hedda sintió que le erizaba el cabello, a pesar de las muchas capas de metal y blindaje que las separaban.

Pero estaban vivos. No habían chocado. La nave seguía viva.

Turbulencias. Hedda forcejeó con ellas, notando sus baches y olas, cerrando los ojos, sin necesidad de ver para volar. El almacén de la nave gruñía sus protestas.

—Tú puedes, viejita —dijo, en voz alta—. Somos un par de abuelas gruñonas, sin duda, pero a las dos nos queda aún mucha vida por delante. Te he cuidado condenadamente bien y lo sabes. No pienso fallarte si tú no me fallas.

Hedda no le falló a su nave.

Fue su nave la que le falló a ella.

El gruñido del metal estresado se convirtió en un aullido. Las vibraciones de la nave adquirieron un nuevo timbre, que Hedda había sentido muchas veces. Era la sensación de una nave que había superado sus límites, ya fuese por haber recibido demasiado castigo en un tiroteo o, como aquí, por haberle pedido que realizase una maniobra para la que no estaba capacitada.

El *Ruta Legado* se estaba desintegrando. Le quedaban segundos, como máximo.

Hedda abrió los ojos. Soltó los controles y pulsó algunos botones en su consola, activando el blindaje de los mamparos que separaban los módulos de carga en caso de accidente, por si eso les daba alguna oportunidad a los que iban a bordo. Pensó en Serj y sus amigos, jugando en una zona común, y en las puertas de emergencia que acababan de caer pesadamente a la entrada de cada módulo de pasajeros, posiblemente atrapándolos en una zona que estaba a punto de llenarse del vacío. Esperaba que los niños hubieran vuelto con sus familias cuando sonó la alarma.

No lo sabía.

No podía saberlo.

Hedda miró a los ojos del primer oficial, que la miraba boquiabierto, consciente de lo que estaba a punto de suceder. Incluyó la cabeza.

—Capitana —dijo el teniente Bowman—, ha sido un...

El puente se desgarró.

Hedda Casset murió sin saber si había logrado salvar a alguien.